

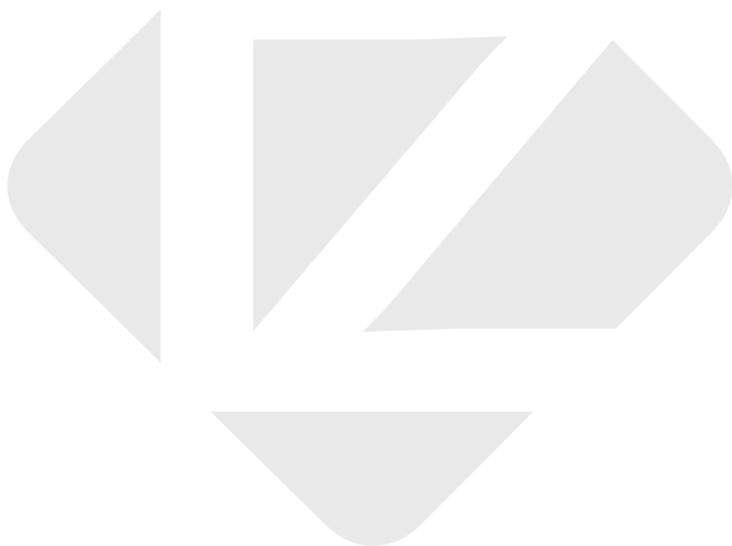
Carlos Gamerro

EL LIBRO DE LOS AFECTOS RAROS

INTERZONA

Carlos Gamerro

**EL LIBRO DE LOS
AFECTOS RAROS**



INTERZONA

INTERZONA

2º ROUND es una colección de rescate de joyas literarias que, por culpa de la (i)lógica del mercado editorial actual, estaban injustamente ausentes en las librerías. Hoy suben nuevamente al ring. Y en este rincón:

Gamero, Carlos

El libro de los afectos raros. - 1a ed. - Buenos Aires :
Interzona Editora, 2013.
176 p. ; 21x13 cm.

ISBN 978-987-1920-22-8

1. Narrativa Argentina. 2. Cuentos.
CDD A863

© Carlos Gamero, 2013

© interZona editora, 2013
Pasaje Rivarola 115
(1015) Buenos Aires, Argentina
www.interzonaeditora.com
info@interzonaeditora.com

Coordinación editorial: Brenda Wainer

Composición: Hugo Pérez

Composición de tapa: Brenda Wainer

Foto de tapa: Shutterstock

Corrección: Clara Oeyen

ISBN 978-987-1920-22-8

Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

TARDE PERFECTA CON UNA LOCA



Los teléfonos en la Argentina, donde viví muchos años, todavía tienen disco numerado, que a veces se atasca al hacerlo girar; un cable negro y reluciente enrollado en tirabuzón, el cual suele malenroscarse obligando a cambiarlo, y un tubo con dos discos planos y perforados en los extremos: por uno se escucha y por el otro se habla. No, no son intercambiables. Suena un ruido, uno sabe que hay alguien del otro lado, a una distancia indefinida, que tiene un aparato igual, que ha levantado el tubo bifronte y ha introducido el dedo índice en los agujeros del disco –eso me había olvidado de comentarlo, los agujeros del disco– y lo ha hecho girar varias veces, seis o siete. No, eso no podría ser, desde acá no se puede hablar para allá, ni de allá para acá. El ruido, el ruido lo indica: al escuchar el ruido, se levanta el tubo, se dice “Hola”, se espera con el tubo temblando en la mano sudada, un instante interminable. Podría ser *cualquiera*. Los primeros meses me despertaba, aquí, en medio de la noche, creyendo, oyendo casi, creyendo oír el ruido que hacían los teléfonos de allá en algún lugar de mi vivienda, acá. Me costaba mucho volver a dormirme, debía tomar algo, abriendo con dificultad la rosca del frasco por la mano sudada. Sentí como un eternamente esperado aflojarse de las entrañas el día en que comprendí, finalmente comprendí, que ese ruido ya no iba a sonar más, que no *podía* sonar más, que ya estoy en la otra orilla.

Es necesario imaginarlo, para entender, aunque entiendo que para ustedes debe ser muy difícil. Uno espera, con las tripas hechas un

torniquete alrededor de una barreta que gira y gira, y del otro lado de repente surge algo: la voz de un desconocido. De alguien que afirma haberse equivocado. De una persona que nos conoce pero asegura no querer hablar con nosotros. De un enemigo. De una persona demente. Una llamada telefónica, allá, nunca deja de estar exenta de peligro.

Podía suceder, también, como de hecho me sucedió una vez, que al estar pensando en el teléfono, y a la vez en la posibilidad de que a través de él hablara una persona demente, sonara, en su lugar, el timbre. Y tan enfrascado solía estar en la preocupación del teléfono que podía suceder que me levantara automáticamente a abrir la puerta, para encontrarme, como aquella vez, efectivamente con una persona demente, y para peor, conocida. En rigor de verdad, era la misma, admito, que me había llamado por teléfono varias horas antes, ese mismo día, un mes antes de mi partida para ser más preciso. Yo había levantado el tubo y sentido una voz –por los agujeros, la voz sale por los agujeros. ¿Primitivo, no? No, no son los mismos, por los del disco no sale nada– de mujer, emitiendo del otro lado sonidos con nada de femenino en su timbre patológico. No atiné a decir número equivocado –ah, claro, bueno, luego puedo explicar lo que es eso– y ella ya estaba afirmando cosas sobre mí, algunas de las cuales yo sabía –lo que no es tan asombroso como que las supiera ella– como que faltaba menos de un mes para que me fuera del país, si me daba cuenta; otras, como si no me sentía nervioso o emocionado que, de no haberlo dejado yo hacía cosa de dos meses, podría haberle mejor preguntado a mi analista; y por último, a casa de mis padres, donde por ahora estaba yo viviendo, puesto que mi departamento se había vendido hacía dos meses –a mi analista, casualmente– había amenazado con venirme a visitar, cosa que, dado su estado, aparentemente había terminado haciendo.

Podría optar por no abrirle la puerta, pensé, hacer de cuenta que no hay nadie, esperar con palpitaciones que se canse de tocar el timbre y que no vea nada sospechoso a través de las cortinas de las ventanas y se vaya. ¿Pero y si no? ¿Cuántos días podría soportar un asedio semejante? ¿Y además, si en todo ese tiempo de cavilación, de alguna

manera que ni siquiera puedo imaginar, idea algún plan exitoso para entrar? Las consecuencias serían inimaginables. Mejor era encararla, secar el sudor de mis manos agitadas y patear para silenciarlo al perrito que saltaba entre mis pies ladrando, sobreexcitado por el timbre insistente. ¡Cómo pude olvidarlo, el perrito, el perrito me hubiera delatado de todas maneras! ¡Haberle envuelto el morro con cinta adhesiva! Quizás no sea tan grave, quise convencerme, puede ser que lo de Roberto efectivamente haya sido solo un accidente, y puede que después de eso ella haya efectivamente mejorado, o al menos empeorado pero perdido esa veta de peligrosidad que tenía cuando estaba mejor.

Ni esa mínima esperanza supe que podía abrigar cuando le abrí. Peor, mucho peor de lo que jamás podría haber previsto. Tenía la piel de los hombros bronceada, por haber estado con ellos al sol; una remera blanca sin mangas que mostraba los brazos, líneas negras sobre los ojos y dos sandalias en los pies, para mostrar las uñas y los dedos, éstos apretados para ocultarme los hongos de pileta que seguramente también portaba. También eran visibles las uñas de las manos, gracias a la ausencia de guantes, y los dientes, entre los dos labios abiertos y unidos en las comisuras, con un lunar cerca de una. Podía imaginarla claramente ampliándolo con lápiz labial negro, disfrazándolo de melanoma para un baile.

Me aparté con una contracción involuntaria del cuerpo que ella tomó como un gesto de invitación, entrando. Pasó a mi lado, de la luz a la penumbra, y yo quedé en la luz; ella estaba *adentro* de mi casa (la casa de mis padres) y yo estaba *afuera*. El hecho consumado, pensé, le dejo las llaves y me voy, desde la vereda le explico cómo prender el calefón y cuántas veces por día come el perro. Pensé: no te va a ser tan fácil, todavía te falta un mes, hay ceremonias, ritos. Solamente un mes, y después toda la vida para olvidarlo.

Cuando llegué al fondo de la casa (había dejado la puerta del frente sin llave: nada peor podía entrar, y así tendría al menos una chance de salir corriendo) ella ya estaba en el jardín, mirando la pileta con ambos ojos. Como un chico, pensé, priman los apetitos básicos, la

entrega irreflexiva a las sensaciones fuertes. Temí que se arrojara con ropas, sin avisarme, o que se desnudara ahí mismo, en el jardín, bajo la mirada atenta de las diversas familias tras las cien ventanas del departamento que se alzaba junto a la medianera, y yo, mirando para arriba, adivinándolos sin verlos, persiguiéndola alrededor de la pileta para cubrirla con una toalla.

–¿Quieres pasar al cuarto a cambiarte? –le dije, tratando de parecer casual–. Mientras, yo voy haciendo el té.

Me miró unos segundos en silencio, sin moverse, y yo pensé: ¿Qué habré hecho? ¿Habré pronunciado alguna de las palabras prohibidas? Repasé mentalmente la lista que algunos amigos previsores habían hecho circular entre la gente que la frecuentaba. No, ninguna, pero quizás en los últimos días se hubieran agregado otras, en mi negligencia no la había mantenido actualizada. Pensé en repetirle la pregunta varias veces, en situación experimental, cambiando de a una palabra por vez hasta dar con la culpable, pero antes de que pudiera intentarlo tomó su bolso de tela de avión –¡tela de avión, en un jardín!– y se encaminó hacia la casa, rodeando la pileta para no mojarse.

Mientras hacía el té, hervía el agua, ponía tres cucharadas en la tetera –hacer un té que no se llame Crysif, pensé, hacer un té que no se llame Taragüü, un té que ni siquiera se llame té– pensaba que en cuestión de días, de semanas, me pasearía entre cosas con nombres nuevos, sin ningún efecto doloroso asociado a su pronunciación. Hablaría un idioma dulce, líquido, con palabras que no cortaran la lengua al pasar, que no obligaran a los oídos a acurrucarse como perros apaleados: *ceffone, Ceilan, celamento, celare, celata, celato, celatore, celebérrimo, celebrábile*; dejándome mecer por ellas como flotando en una colchoneta sobre el mar Tirreno, un mar manso y acariciante que no trataría de arrancarme de la costa, un mar cerradito y contenido, casi sin comunicación con el Atlántico que es donde ocurren todos los naufragios.

–¿Y? ¿Qué te parece?

Se había sacado hasta la ropa interior, y encima del cuerpo, directamente sobre la piel, se había colocado una malla de una pieza, ajustada.

—¿Te gusta?

El muslo derecho estaba descubierto hasta la rodilla, y le había arrancado todos sus pelos. Trata de parecerse a un pollo, pensé, debe saber que les tengo horror y trata de parecerse a ellos. Hasta imita un poco su manera de caminar, pensé, cuando cree que no la estoy mirando. Pensar que en una época el pollo era una de mis comidas favoritas, y en este momento el solo mirarle los muslos me produce una sensación nauseosa, como si me hubiera intoxicado con algo sólido. Pizza y fettuchini, pensé en voz baja, fettuchini y pizza: no veo el momento. Cosas como esta todavía puedo soportarlas; pensé: en el peor de los casos todavía me quedan treinta pastillas en el frasco. Uno puede acostumbrarse a todo, salvo a terminar como Roberto. No estaré a salvo mientras permanezca acá; no me encontraría en esta situación si ya estuviera del otro lado del Atlántico.

Me ofreció acompañarme a la cocina a traer las cosas del té (té, tetera, cucharitas, masitas —las había comprado adrede, sabiendo que podían resultarme útiles si venía—, dos platitos, dos platitos más, dos cuchillos romos, una bandejita de cartón, el colador del té, el agua caliente, dos tenedores, el azucarero, la bandeja, azúcar refinada, tazas de té) y aproveché la oportunidad para sugerirle que trajera las tazas, el azúcar, el agua caliente y el azucarero. No pareció notar nada, o al menos fingió no hacerlo, y me siguió por el pasillo que llevaba al jardín. Tal como lo había previsto, no alcanzó a dejar sobre la mesa del jardín las cosas que le había entregado (como todas las personas insanas, olvidó enseguida la acción que estaba llevando a cabo y la reemplazó por otra) y ya estaba chapoteando en la pileta, sumergiéndose, diciéndome que fuera con ella (minga) y salpicando todo con agua, aparentemente sin advertir al can pequeño que ladraba a su alrededor y trataba de mojarse el morro. No tiene registro de nada, pensé, podría haberse tropezado con el cuzquito incauto y caído con él al agua, hubiera seguido nadando de un lado al otro y yo hubiera tenido que esperar hasta el final de la tarde —si tenía la suerte de que hubiera partido para entonces— para sacarlo tieso del fondo de la pileta.

–Entonces pasó aquello, y no quise verlo más.

Terminó de tomar su segunda taza de té (su locura la hacía tomar el té a sorbitos, como si fuese sopa caliente) y se secó la boca mojada poniéndose una servilleta doblada entre los labios.

Le sonreí comprensivamente, asintiendo para complacerla, tras mi exterior distendido atento al menor indicio. Apoyaba sus nalgas sobre el asiento de una silla de jardín y los talones en el borde de otro; las pantorrillas le colgaban en el aire. Posición de reposo, pensé, nada que temer mientras no apoye los pies en el suelo. Controlé con el rabillo del ojo que la tetera estuviera al alcance de mi mano mientras mantenía la vista enfocada en el extremo de sus dedos hábiles que esparcían la manteca (la maniobra se prolongaba demasiado, era sospechoso) con un cuchillo –se los había elegido romos, sin filo, en previsión– esperando la menor crispación de su mano sobre el mango para estrellarle la tetera en la cara, arrojarla a la pileta y sacarla medio ahogada antes de que tuviera tiempo de reponerse. O dejarla allí, y ver. Si sale viva, bien, si no... Hago un pozo en un extremo del jardín, pongo una ligustrina encima, acomodo el pastito como estaba. Al que se dé cuenta, le mando una postal desde Capri. ¿Qué van a mandar, la Interpol, a buscarme?

Pero ya la manteca llegaba al final de su recorrido y terminaba de derretirse sobre la masa cálida, y ella apoyó el cuchillo romo sobre el borde del plato. Si pudiera estar seguro de que llegado el momento lo usaría exclusivamente sobre su persona, hubiese dejado los de punta. Total, estaba untando la miel y se cortó las venas, sería para su caso una explicación plausible: nadie creería necesario saber más. Pero claro, una explicación análoga valdría por igual en su boca si soy yo el que eviscerado se revuelca mientras ella mastica la tostada untada, lamiéndose la miel que le chorrea por los dedos. Un lugar, pensé, donde los seres humanos estén protegidos por una gruesa capa de músculos y huesos, donde sean algo más que una hinchada bolsa de vísceras apenas separadas del pastito del piso por una delgada película de piel y nervios que se hiende de lado a lado con el gesto casual

de un cuchillo de untar manteca. Falta poco tiempo, pensé, mientras dejaba que mi mano derecha se aflojara lentamente, relajándose a escasos centímetros del mango de la tetera. No dejaba de ser un alivio el poder llegar al final de la tarde sin tener que golpearla repetidamente. A un mes de mi partida me importaba, por sobre todo, el evitarme complicaciones.

Pensé que lo mejor era seguir con el tema anterior, como si nada hubiese sucedido.

–Yo decía, ¿no?, pensaba, me miraba y decía: Una de las razones por las que nunca podría vivir durante mucho tiempo lejos (palabra que en un mes querría decir acá, donde estoy ahora sentado) es también la misma.

–Sí, sí, es eso, claro –me contestaba, contenta, reflejando sincera mi mentira con ese obstinado entusiasmo suyo (parodiándome como nos parodia un chimpancé de póster disfrazado de humano sentado en el inodoro leyendo un diario)–. Por eso vas a volver pronto, ¿no?

–Sí, exacto, entendiste bien. (Si vuelvo, mejor, si alguna vez decido desde allá conocer la Argentina – folletos no faltarán que me incentiven, y el cambio es favorable– me anotaré en algún tour confiable, me pasearán cámara en mano en un micro de dos pisos con aire acondicionado, le sacaré una foto al obelisco, le preguntaré al guía: *Questo palazzo tutto rosso, cosa è?*).

No me contestó, o quizás su voz no me llegó desde el baño. Probablemente fue la referencia al inodoro, pensé, una de aquellas palabras. Tenía ciertas ganas de ir yo también, pero me daba miedo hacerlo después de ella. Miedo, entre otras cosas, de encontrar que lo que debiera estar en el inodoro estuviera, por ejemplo, en el botiquín. Era un problema considerable; no había otro baño. Me pregunté si sería capaz de aguantarme toda la tarde hasta poder ir a un bar, y empecé a desear que se fuera. Me desagradaba esa costumbre suya de usar adrede el baño antes, como esa gente que, antes de venir de visita a tu casa, come mucho espárrago para dejarte el olor impregnado.

Volvió con fotos. ¿Dónde las habría encontrado?, me pregunté, incómodo. Pensé que las había escondido todas bien, debe haber registrado la casa, si me pregunta qué hago ahí negaré que soy yo el que aparece, argumentaré que estoy fuera de foco.

–Traje las fotos. ¿Te acordás, que te las había prometido?

Respiré aliviado. Eran de ella. Entonces probablemente ni siquiera fueran fotos. En todo caso, aunque apareciera yo en ellas, no podrían comprometerme, podría argumentar: sí, soy yo, pero no son mías esas fotos. Son de ella. Y ya sabe, si bien no quiero hacer ninguna afirmación categórica acerca de su locura, su cordura...

–¿Esta la habías visto? –me dice. Me las ofrecía como quien ofrece un sándwich, o un vale para comer barato en un restaurante vegetariano.

–Mirá, acá estamos nosotros, ¿te acordás?

Le digo que sí. Ya sé de sobra que es inútil tratar de explicarle: que los que están en la foto no somos nosotros, no soy yo ni es ella, que es más: que en la foto no hay gente humana. Me pregunto si no se habrá confundido y piensa que miro otra, o dos fotos pegadas –uno siempre intenta creer lo mejor– pero no, en la siguiente me dice:

–Mirá, este es el día de la asamblea. ¿Te acordás, cuánto habíamos trabajado? Estás vos hablando, mirá toda la gente que había.

Probablemente la arrancó de una revista. El tipo de espaldas se parece a mí, claro, salvo por el cuello de la camisa. Se la devuelvo sonriéndole.

–Linda.

–Hay más. Mirá, acá estamos todos los del grupo. En el asado, el día después. ¿Te acordás? Vos estabas como eufórico, festejabas.

Efectivamente, en esta no se equivoca: el cuadrado de papel sí muestra varios individuos unos al lado de los otros. Y a diferencia de las otras, de un interés personal comparable al de un catálogo comercial de barquillos de helado –salvo para ella, claro, me la puedo imaginar señalando con entusiasmo el vasito de 220 gramos– esta sí me sorprende. Increíble, lo que se puede meter dentro de una fotografía. Toda la humanidad cabría en una, tomada a suficiente distancia.

Intento calcularla mentalmente pero me distrae la letanía de una persona cercana que recita al azar una serie cualquiera de nombres de hombre y de mujer. Mejor, me alegro por ella, ya encontró algo con qué entretenerse.

Si se las tiro a la piletta, si se las arranco de un manotazo y se las tiro, probablemente no se dé cuenta, tararee una melodía absorta, pierda su vista en la ligustrina tras la piletta y pregunte por mis hermanos (solo tengo uno). Seguramente eso sería menos cruel que dejárselas en la mano. Uno no se acostumbra, por más que lo intente, a la idea de que a veces a los seres queridos se los debe lastimar para hacerles un bien, en algunos casos.

Se las devuelvo todas juntas, a pesar de que ella me las había entregado de a una.

—No. Las traje de regalo. Para que te las lleves de recuerdo.

—Gracias. (No es un mal regalo, después de todo. En el avión, cuando sobre el Atlántico me cansé de leer *Le Città Invisibili*, me servirán para marcar la página.)

—Qué lindo tiempo aquel, ¿no? —me dice, sirviéndose de la bandejita de cartón un arrolladito de dulce de leche.

Sí, le contesto para no contradecirla. Temo que se atasque con la pastosidad del dulce de leche, a mucha gente le sucede anualmente, aun así la población insiste en consumirlo. Dentro de un mes estaré libre de ese peligro también. Sería terrible que se me atore ahora, pienso; le digo:

—¿Querés otro té?

—Sabés que no está perdido del todo. El otro día estuve hablando con los chicos, estamos pensando en reflotarlo, hay posibilidades. Mi abuelo ya dijo que nos daba una mano. Sería bueno, ¿no? —me sonrío, busca mi asentimiento, debe esperar que yo también aporte mi granito de arena a la farsa que le montaron entre todos para mantenerla contenta. Ya no, me digo, ya no estoy obligado. Dentro de treinta días, solamente treinta, volveré a la tierra de donde mi abuelo partió, a cerrar este breve paréntesis argentino de nuestra familia italiana.

–El otro día estuvimos averiguando cosas. Y no es tan imposible como pensábamos. Ya hay gente interesada y estábamos pensando que lo podemos sacar para mitad de año.

Allá nadie me obligará a nada, pensé. Tendré la libertad de hacer y decir lo que quiera. Podré decir con naturalidad “me encontraba en la esquina de Lavalle y Corrientes” y nadie se atreverá a contradecirme.

–Sabés, me cambió la vida desde que empezamos con esto. Me siento de nuevo con ganas, con fuerzas, vuelvo a ver la luz al final del túnel. Desde lo de Roberto, pensé que se me había cerrado todo para siempre, y ahora, en tan poco tiempo... ¿No te pone contento?

Si se me acerca un español, un hondureño o un filipino mientras realizo mi paseo matinal por la Vía Veneto, y me pregunta la hora, lo miraré extrañado, le preguntaré: *¿Cosa diche? ¿Cosa diche?* De la lengua quizás me acuerde todavía de la gramática y de hacer concordar sujeto y verbo, pero nada del sentido. No me importará haber invertido tanto tiempo y esfuerzo en estudiarla en vano. Después de todo, también estudié latín durante cuatro años y de poco me ha servido.

–Y no te creas que nos vamos a olvidar de vos. Te vamos a mantener al tanto. Si querés hasta podés participar un poco, desde allá. Después de todo, si no hubiera sido por tu empeño, por la fuerza que pusiste, por tus ganas...

Voglio. Vuoi. Vuole, vogliamo, volete. Vo... vogliono.

Estaba por tirarse a la pileta, nuevamente, y yo tomé conciencia de que la malla le dejaba las piernas y las nalgas al descubierto. También la espalda. Podía presentir a los habitantes del departamento espíandola invisibles tras las persianas bajas, señalando a una y a otra alternativamente, llamándose por teléfono. En cualquier momento podía sonar acá. Alguna vez yo también había querido jugar con esa locura suya, hacerle cosquillas allí donde se descubría como un trozo de piel entre los pliegues de su cordura. Se había parado en puntas de pie, seguramente para hacer más ruido al zambullirse, y cuando desapareció bajo el agua sentí que no hay nada más obsceno que el cuerpo de una mujer hermosa cuando ya no nos produce deseo. Nadó mucho,

seguramente para mejor distribuir los hongos de sus pies, así no me quedaría más remedio que cambiar toda el agua de la pileta cuando se fuera. Eso implicaría más o menos tres días sin usarla; podría ser peor. Por suerte mis padres estaban de vacaciones y no volvían hasta dentro de un mes. Salí por las escaleras, seguramente esperando que yo sólo estuviera atento al borde.

Mis ojos podrían haberse sentido atraídos por el rebote del sol sobre su piel mojada, pero en lugar de eso los convocó una mosca gruesa que caminaba insistentemente por su muslo. No se da cuenta, pensé, le caminarían por los ojos, la nariz, se acercaría a sus labios para beberle la saliva. Ahí está la clave, pensé. Tiene un moscardón de cadáver paseándole por el cuerpo y sonríe, sonríe como si nada. La deben poner contenta; qué hará con los moscardones cuando estén a solas. Era una mosca con el cuerpo duro cubierto de cerdas gruesas, como un jabalí; obscenamente obesa, con su verde hinchado y cianótico destacándose contra el marrón claro de la superficie pilosa que husmeaba. Se movía a arranques cortos, haciendo cada tantos pasos ese gesto de mosca de querer desenroscarse la cabeza con las patas, y constantemente sacando y volviendo a meter ese apéndice semifláccido igual al que te quieren enrostrar en los baños públicos los degenerados. Siempre me habían parecido soluciones posibles: una certera patada en los testículos, una navaja afilada apenas apoyada en la raíz para hacerlos sudar unos minutos, al menos cascarles la nariz de una trompada; pero en ninguna de aquellas situaciones había atinado más que a apartar la vista y poner cara de asco; no, y tampoco en esta.

Mientras mantenía la vista fija en las actitudes del insecto y me preguntaba qué gusto podía encontrar en todo aquello, no dejé por un segundo de percibir un sonido persistente que provenía de una zona algo por encima del cuadrado de piel humana objeto de sus preocupaciones. Había estado resonando en el fondo de mi mente todo ese tiempo, y recién ahora se abría paso hasta la atención de mi conciencia:

—¿No es insoportable este departamento acá, encima de tu casa, sacándote todo el cielo?

Esto no convenía. Debía apartarlo de su mente.

–¿Ves? Si te sentás para allá –le indico el lugar–, mirando para allá, y no te das vuelta.

–Te tapa el sol.

–Verdad. (Era asombroso comprobar que aún era capaz de ciertos atisbos de lucidez. El sol ya había caído, y aun así era capaz de formular una hipótesis que lo considerara presente.) Hacé de cuenta que estás en...

–En las montañas.

–Eso. Muy justo.

–¿Y no te tiran cosas?

–Un poco. Depende. A veces se tiran ellos.

–¿Sí?

–Una chica de quince años. Cumplía ese día. Antes de la fiesta, se tiró. Cayó en la pileta. Mi padre la sacó con la red de los bichos.

–¿Hicieron la fiesta?

–Claro. Y nos invitaron. Yo no fui. Mi padre me llamó por teléfono pero le daba ocupado. Se la pasó hablándole del tema a todos los invitados. Bebió de más y quería que la tiraran de nuevo para mostrar cómo había sido.

Vino el perrillo. Mi madre era dueña de un perrillo compacto apoyado sobre cuatro patas finitas. El ruido de las patas sobre la baldosa podía alterarla. Tendría que haberle cortado las uñas después del desayuno hoy, pensé, recriminándome. Ahora es demasiado tarde. Le alcanzó una masa de crema pastelera balanceada sobre la punta del tenedor. ¿Cómo le explico a mi madre si le atraviesa el gajate? Me preocupé; pero el perrillo tomó la masa con la punta de los dientes, muy delicada –en rigor era una perrilla– y se alejó a masticar tranquila al otro extremo del jardín.

Advertí que el relato de la piscina la había mantenido entretenida. Había empezado a caer la tarde, y pensé que inventando más historias como aquella quizás conseguiría llegar hasta su final sin más incidentes; a no ser, claro, que en lugar de irse esa noche decidiera quedarse

los treinta días, en cuyo caso tendría que pensar rápidamente en otro plan. Es como un animalito, pensé, si le tiran un juguete que destrozarse puede pasarse horas sin morder a nadie.

–Adiviná lo que hice el otro día. Adiviná –le digo. Estoy por batir palmas, pero finalmente no resulta necesario, responde al tono de voz–. Me hice un asado en el fondo, acá en la parrilla, solo. Compré el carbón, lo encendí, me serví un vinito. Nadie dijo “¿te sirvo?”. Limpié la parrilla con un periódico abollado –después lo tirás a las brasas, y la propia llama ablanda más la grasa para limpiarla con otro bollo, y así, te podés pasar el día–, me hice una ensalada mixta, salé la carne, le chorreé limón por encima, y había un cielo blanco que amenazó varias veces con chispazos de lluvia fea. Distribuí la carne, nada de calcular cuántos kilos por persona, quién come chorizo, apenas los dos o tres trozos autosuficientes que me bastaban. Y mientras lo dejé ahí, sin remover el carbón cada medio minuto o pincharla para ver cómo estaba, prendí el televisor y me senté frente a él con los ojos blancos, fumando una interminable posta de cigarrillos sin gusto. Cuando estuvo listo me lo comí frente al televisor, rápido, como se come una hamburguesa en un local de comida chatarra. Ya está. El asado no es más que eso: carne que se mastica y se traga, mientras uno se interesa en el televisor. ¿No te parece?

–¿Eh? Disculpá. No te estaba escuchando. ¿Vos me hablabas?

–Te estaba explicando por qué me voy. ¿Querés más de algo?

–No, gracias, estoy llena. ¿Te ayudo a llevar las cosas?

–Dejá. Puedo solo.

Cargué todo en la bandeja, excepto las masitas que habíamos comido. Ella sonreía plácidamente, insistía en juntarme con una cuchara el azúcar derramada. Está todo muy bien, pensé, está *demasiado* bien. Tantas advertencias que me habían hecho debían tener algún fundamento. ¿No será esta la calma chicha, pensé, el agazapamiento antes del salto por sorpresa?

–Qué lindo que se puso, ¿no? Me encanta esta hora, es la mejor hora del día.

ÍNDICE

TARDE PERFECTA CON UNA LOCA 9

ELLA ERA FRÁGIL 27

EL CUARTO LEVANTAMIENTO 61

MARINA EN SOL Y AZUL COBALTO 75

NORMA Y ESTER 111

FULGORES NOCTURNOS 145

LAS HAMBURGUESAS DEL MAL 157

¿Disfrutaste el libro que comenzaste a leer?

Podés adquirirlo en www.interzonaeditora.com y en cientos de librerías.

Gracias por apoyar con tu lectura y recomendaciones este proyecto editorial.

interZona es una editorial literaria independiente fundada en Buenos Aires en 2002 que se ha convertido en uno de los espacios de publicación más innovadores y reconocidos de Latinoamérica por la diversidad de autores y de títulos que publica.

En **interZona** verán reunidos a escritores noveles con otros ya consagrados; a los de habla hispana con los de otras lenguas; a los poetas con los ensayistas, los dramaturgos y los novelistas; en suma, a todos aquellos que hacen posible una conversación de voces múltiples, desprejuiciada, vivaz, arriesgada, pero siempre orientada por el estilo y la marca de calidad con la que intentamos perfilar nuestra línea editorial.

INTERZONA